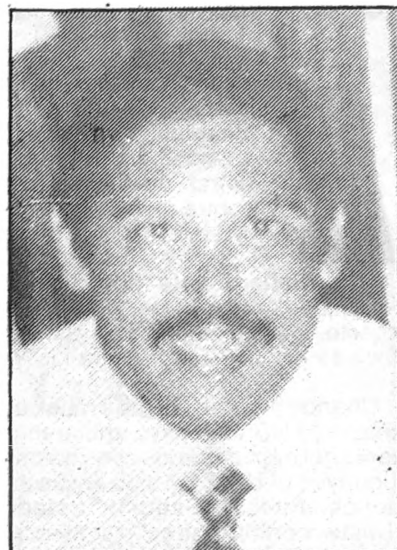
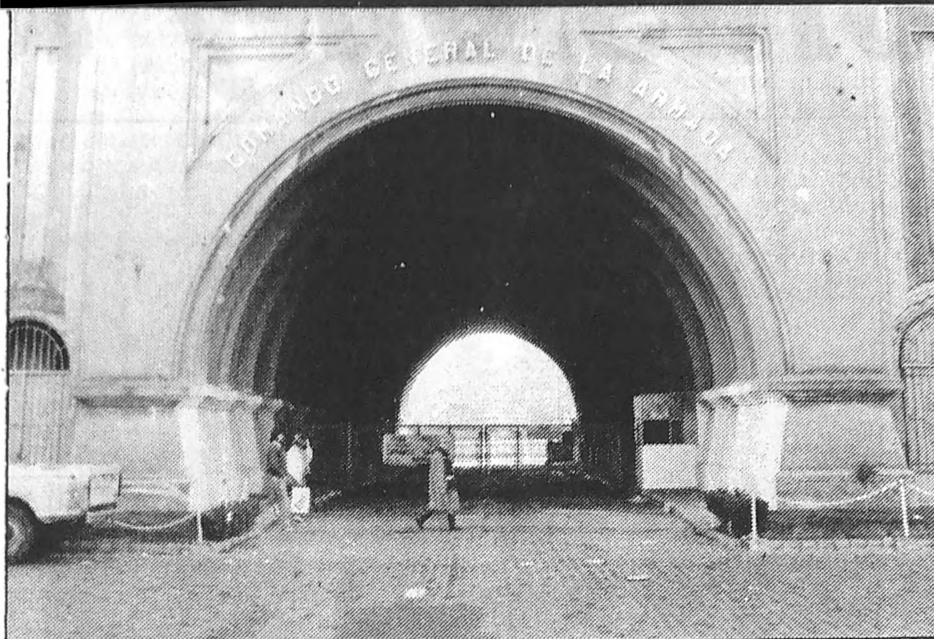


Los que reprimieron y torturaron en la Armada



Contralmirante Hugo Márquez



Cabo 2° (PNN) José Castro



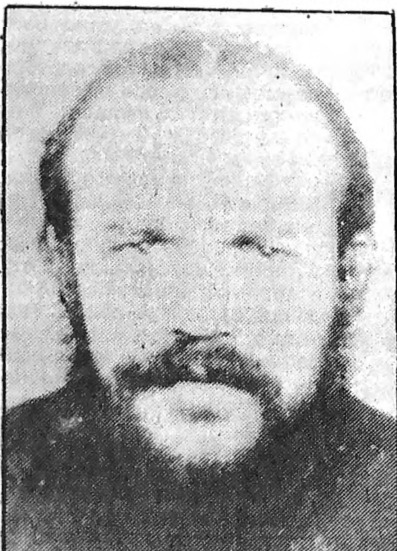
Teniente Eduardo Craigdallie



Cabo 1° (PNN) Walter Videla



Mro. Héctor Silvera Miño



Teniente Daniel Maiorano

En el transcurso del triste y oscuro período de la "era militar", la Armada uruguaya ofició un rol protagónico en todo cuanto tuvo que ver con la represión. En efecto, la Marina —parte de cuya oficialidad gusta señalar que el origen y la trayectoria del arma son "más aristocráticos" que los del resto de las Fuerzas Armadas— ha tenido fundamental participación en la tortura y la muerte de militantes políticos, sociales y sindicales.

Impulsados por el remordimiento, por el temor o por sus propias circunstancias, algunos desertores de los distintos cuerpos de la Marina han entregado información a organismos internacionales sobre los procedimientos utilizados y la identidad de los implicados en violaciones a los derechos humanos.

DENUNCIADOS POR REY PIUMA

El marino desertor Daniel Rey Piuma denunció pormenorizadamente ante diversos organismos internacionales, diversos actos delictivos cometidos, en particular, por la Prefectura Nacional Naval. De su testimonio se obtiene una voluminosa lista de involucrados en los mismos:

Contralmirantes Enrique Harriet y José Imizcos; mayor Alvaro Diez Olazábal; tenientes Carlos Gamarra, Marichal, Navarrete, Jaunsolo, Hugo Balbis, Agius, Caracciolo, Jorge Seschi, Custodio, Daniel Sasso Barusso, Daniel Maiorano, Eduardo Craigdallie, Ernesto Serrón, Víctor Da Silva, Aníbal del Río, Jesús de Armas, Juan Carlos Fernández; capitanes de Navío Tagle, Juan José Cambiaso, Luis Orticochea; capitanes Jorge Fernández, Nelson Sánchez, Uruguay Sánchez; cabos de 1° Walter Videla, Chiribao; cabo de 2° Adelmo B.M., José Castro, Daniel M., Juan Carlos González Delfino; suboficiales de 1° Aparicio Rodríguez, Rafael Fuyantino, Fredy Martínez, José Díaz; suboficial de 2° Narciso Ibáñez; alférez Fleitas; marineros de 1° Aramar B., William Rodríguez, Daniel Bordoni, Julio Cerdeiro, Diron, Chiribón, Héctor Muniz, Domingo Aroztegui, Fernando González Manqui, Carlos Rodríguez Gómez, Alberto Santán, Luis Alberto Magnone, Juan Carlos A., Alberto G., Aníbal Nicolás González, Juan A. Silveira, Walter Gómez Leal, Oscar Andrada, Héctor Silvera Miño, Julio R., José Arnol González, Eugenio Sosa, Luis Peirano, José L.A., Ruben Medeiros, Roberto A., Raúl Rodríguez, José Luis García Olmos, Luis García.

ACUSADOS POR OTRO DESERTOR

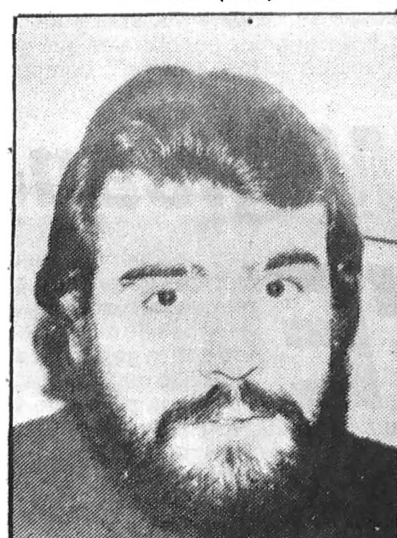
En la información proporcionada en el exterior por el desertor Víctor Paulo Labor-

de Baffico, ex integrante de la Compañía de Infantes Raúl Cardozo, sobre los delitos cometidos por integrantes de la Marina uruguaya, se difundió una extensa nómina de implicados.

Mayor Alvaro Diez Olazábal, tte. Da Silva, tte. Durán, tte. Hernández, tte. Daniel Maiorano, tte. 1° Jesús de Armas, tte. 2° Miguel Fleitas, tte. Héctor Navarrete, integrante del DIPRE, Roberto Huarte, vicealmte. Hugo Luis Márquez, director de Seguridad Ricardo Barbes, jefe de Seguridad Marítima capitán de Corbeta Alejandro Uriarte, tte. 1° Ruben Martínez, capitán Villarino, cap. Fajardo, capitán de navío Luis Orticochea, alférez Fernando García, suboficiales Corssarini, Washington Morán, Ramón Gallardo, Walter Gómez; jefes de Escuadra Carlos Strappolini, Héctor Gonella, Alfredo Lista, Daniel Motta, Juvelino Pereira; jefes de Cuadrilla Fernando Correa, Nelson Flores, Pablo Reyes, Carlos Márquez, Gualberto Nuñez, Bentancour, Luis Eduardo Silva, Limberg Alcarraz, Luis Mendieta, Sergio Carluccio, Arturo Frontini, Yamandú Gutiérrez, Oscar Ayala, Jorge Motta, Sergio Hernández; cabos de Brigada Oscar Moas, Nelson Vázquez, Atilio Espósito; infantes César Colman, Esteban Maidana, Ruben Correa, Daniel Ferreira, José Gómez, José Díaz, Fernando Gambeta, Silvio Ferreira, Ricardo de los Santos, José Luis García Olmos, Juan Sosa Aguilera, Juan Sosa Sosa, Juan Sosa Techera, Eduardo Silveira, Raúl Rodríguez, Eduardo Nuñez, Carlos de los Santos, Antonio Servini, Carlos González, José Souto, "el Piquito" Salvo, Ruben Pohl, Washington Fariás, Luis Leguizamo, Julio Montiel, José Obdulio Montes, Víctor Piedrahita, Julio César Bordenave, Eduardo Nuñez; personal del plantel de perros de FUSEMA: suboficial Carlos Rodríguez, jefe de cuadrilla Nelson Díaz, marinero de 1° Oliviero, cabo de Brigada Héber Martínez, jefe de Escuadra Peñafort Rodríguez, cabo de 1° Claro Ferraz, doctores Villamingos, Esteranka, Chimieli, Tejeira; enfermeros Pombo y Stopinsky; guardia femenina del S-II Sonia Reyes, inteligencia de Prefectura Fernando González Manqui.

IMPLICADOS DEL FUSNA

Por otra parte, del informe de Alberto Silva que ofrecemos en páginas siguientes, surgen como directamente implicados en las actividades ilícitas del FUSNA: comandantes Hugo Márquez, Posse Pato, González Ibargoyen, Jorge Jaunsolo, Julio Martínez; los segundos comandantes Gutiérrez y Domínguez; los oficiales Luis Ledesma, Passadore, Rodríguez Grela, Graseras, Rodríguez Almeida, Alejandro Lebel, Uriarte, Ramiz, Lecumberry, y los doctores Cherro y González. ♦



Teniente Aníbal del Río



Mro. 1° (PNN) Luis Alberto Magnone

FUSNA: siniestro lugar de reclusión y tortura

INFORME DE

Alberto Silva

La edificación donde está instalado el FUSNA había sido originariamente destinada a un hospital. La Armada decide entrar de lleno en la lucha contra el pueblo y la convierte en siniestro lugar de reclusión.

"Un fusilero vale por diez milicos" decían a sus presos, los "bravíos" hombres de este cuerpo represivo. Sin embargo, nunca se los vio pelear contra los "milicos".

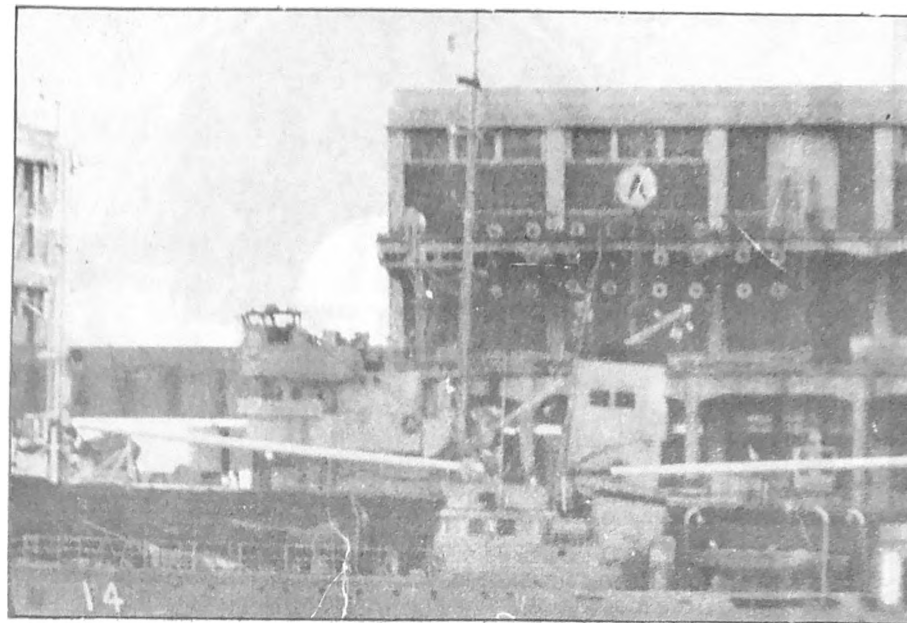
Cuando el asesinato de Trabal, el comandante del FUSNA realizó una arenga dando cuenta del hecho y de los asesinatos de cinco uruguayos que habían sido secuestrados en Buenos Aires. "Saquen ustedes sus propias conclusiones", sentenció el engalonado marino. El no había sacado las propias; si no, sabría que sus pares estuvieron en ambos hechos. Una vez más los habían jopeado.

Las autoridades tendrían que preguntarse para qué sirven estos "recios fusileros", por qué tenemos que mantenerlos entre todos, cuál es su utilidad. Hasta el momento, más que en defender la soberanía marítima, se los ve preocupados por volver.

En pleno corazón de Montevideo, esta fuerza de choque, armada hasta los dientes, sigue activa y en ejercicio.

Algunas conclusiones del desempeño de los fusileros navales en el pasado reciente se pueden sacar de este informe, resumen de múltiples entrevistas.

Muchos compañeros presos fueron testigos de la "formación" de esta unidad; vieron a reclutas entusiastas convertirse en entusiasmados cabos torturadores. Estos admiradores de los paracaidistas franceses, que estaban dirigidos por oficiales que decían ser "distintos a los yerbas", competirían en



poco tiempo con sus pares en fechorías varias.

Al principio derivaban los detenidos por esa Arma hacia el Ejército, para que este efectuara los interrogatorios-torturas; "La Paloma" era el lugar elegido. Con el tiempo "aprendieron" por la suya y se especializaron en hacerlo ellos mismos. Comienzan con palizas, introducen las picanas; más tarde utilizarán los ganchos para las colgadas a un tiempo que refinan la tortura psicológica. Hasta último momento intentan mantener a "sus presos", impedirles el traslado a los penales; y cuando obligados deben hacerlo, el comandante sentenciará que "habrá nuevos presos".

Cuando escuchamos los relatos sobre las arengas que el inefable Márquez dirigía a

"sus presos", casi automáticamente pensamos en Massera haciendo lo propio en la Escuela de Mecánica de la Armada Argentina.

Cuando van surgiendo los nombres de oficiales duros, intransigentes en la represión y la tortura, pensamos en Astiz, también "valiente" para violar monjas, desaparecer civiles desarmados y secuestrar niños, y cobarde —se entregó sin tirar un solo tiro— cuando debió enfrentar a marinos como él, armados como él. Armadas raras las de nuestros países: no saben combatir contra otras fuerzas similares, desconocen las reglas mínimas de navegación; su especialidad en el agua es "el tacho", "el submarino", llevada a cabo contra una persona indefensa, atada, encapuchada.

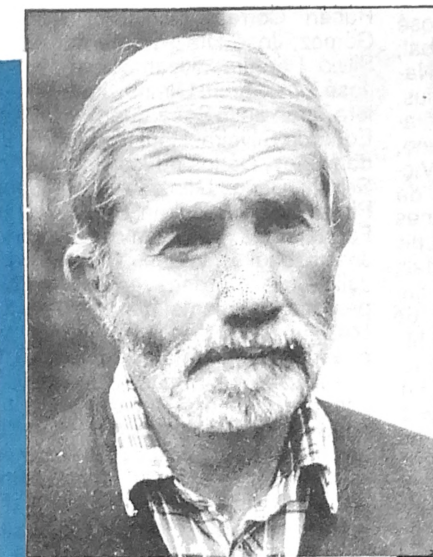
Mejicaneadas entre delincuentes

"En cumplimiento de una resolución de la Dirección, que decía que no podíamos caer ilesos, después de media hora de tiroteo con la gente de la Armada, les aviso que saldrían las otras personas pero que yo no me entregaría. El tiroteo siguió, metieron gente por detrás de la casa y lograron herirme. Pierdo el conocimiento y me ponen en la vereda mientras me estoy desangrando. Entonces llega Campos Hermida y dijo: 'Este es Raúl Sendic y hay que matarlo'; el oficial que estaba a cargo del operativo le señaló que esas no eran las órdenes que tenía."

"Me ponen en una ambulancia, Campos Hermida también sube. Yo ya estaba recuperando el conocimiento y seguía perdiendo mucha sangre. Campos Hermida me decía: 'Bebe, estás frito. Bebe, estás frito'. Me daba por muerto."

El Campos Hermida acusado de integrar el escuadrón de la muerte en el '70, no pudo concretar esa vez sus sueños; lo haría años más tarde en la República Argentina con otros compañeros. Quién sabe en que estará hoy. Uno piensa en el título central de este informe y clama justicia.

La Armada quedó prestigiada por la captura de Sendic. Pero no todo era color rosa para los marinos que empezaban a tomarle "sabor" a la pelea contra civiles. El detenido estaba en el Hospital Militar. "Ahí empezó el tironeo entre el FUSNA y la gente del Ejército. Como el Hospital es un bastión de los últimos, el



Ejército trata de sacarme lo antes posible. Pero, estando todavía con el suero, a la semana de mi internación me trasladan al FUSNA. Me tenían aislado; oficiales y soldados 'encapuchados' me cuidaban día y noche."

"En algún momento, en el año que estuve allí, escuché una explicación de por qué no me dejaron morir. Dijeron: 'No tenemos ningún interés en hacer un segundo Che Guevara en el Uruguay'. Yo me mantuve durante todo ese tiempo en la negativa de declarar, pero de hecho estaba en una situa-

ción privilegiada que me permitía darme ese lujo: estaba muy delicado, el suero conectado, cualquier cosa que me hicieran me mataban."

En el FUSNA se acelera por aquellos días la construcción de una celda especial, con doble reja, infranqueable en medio de esa fortaleza. Pero, "en determinado momento me llevan al Hospital Militar por segunda vez, para practicar una nueva operación, que al final no me hicieron. Me dieron un narcótico para hacerme perder el conocimiento. No sé muy bien cuál fue el objetivo de eso, pero supongo que me aplicaron 'Pentotal'. A partir de allí, a pesar de que tenía todas mis pertenencias en el FUSNA, me lleva el Ejército, y sé que eso fue considerado como una mejicaneada entre ellos."

A los fusileros de la Brigada 2 les birlaron la presa; les quedó el "pendón" que ponían en su bandera por la captura, y seguramente para "compe-sar", incrementaron los operativos como los que Sendic escuchó obligado. "Yo escuchaba todos los interrogatorios, las torturas... Entre los recuerdos conservo un diálogo entre un torturador encapuchado del FUSNA, quien falseaba la voz para no ser reconocido, y su detenida. Aquel le preguntaba a la señora por qué había corrido cuando había visto la camioneta de ellos, y la mujer decía que había corrido porque venía el ómnibus. Él insistía: '¿Por qué tiene que correr?', y la mujer: 'Porque no quería perder el ómnibus'. Al final parece que la soltaron. La habían detenido por el simple hecho de tomar un ómnibus después de trabajar."

De mañana, en plena rambla, absortos vecinos ven pasar, sistemáticamente, formaciones de pelo corto gritando con entusiasmo: "¡Una, dos y tres, volveremos otra vez!" Con miradas desafiantes a quien se les cruce en su alocada carrera, repiten: "No tener miedo", y también algo no muy comprensible sobre el honor. Son los fusileros navales, los hombres del FUSNA. Por sus manos pasaron centenares de compañeros. Este informe desnuda distintas facetas de quienes, a grito pelado, pregonan "la vuelta".



La venda, la tortura, días y días de horror

"En el FUSNA, una de las cosas que va a ser constante es la venda. Cuando llego, vendada, el plantón fue el recibimiento: cinco días sin comer, sin poder ir al baño, parada. Después, el interrogatorio, durante el cual marcaban claramente los roles: estaban siempre, 'el bueno' y 'el malo'. También eran refinados en la parte psicológica: yo estaba con hepatitis y constantemente jugaban con eso, presionaban con mi estado de salud."

Josefina Delta estuvo cuatro años y medio en manos de estos marinos carceleros. "La requisa era constante. En la noche, siempre; a veces, varias durante el día. No buscaban nada en particular, solo crear un clima de terror. Tiraban la ropa, rompían las cosas, desordenaban todo y luego lo tenían que arreglar en cinco minutos... Y vuelta a empezar, en esa pieza de 10 x 5, donde nos tenían todo el día con la luz encendida."

"Nunca, nunca, nos dejaron salir al recreo. Siempre ahí encerradas, con las ventanas también cerradas, que solo abrían cuando querían, y solían querer cuando hacía mucho frío. Y siempre esa luz prendida... ¡Lo que significó para nosotras poder dormir con la luz apagada cuando nos sacaron de allí!" El acoso, siempre el acoso, aun en cosas aparentemente pequeñas frente a la crueldad de la tortura. Cosas que a lo largo de los años, se convierten sin embargo, en otra refinada tortura.

"El estrés era insostenible. Cada vez que alguien entraba —y esto lo hacían muchas veces por día—, gritaba '¡Atención!', y teníamos que levantarnos de inmediato, ponernos contra la pared, colocarnos la venda y esperar. Y en medio de todo esto, los gritos, el dolor, la desesperación de los compañeros torturados que nosotras escuchábamos. Días y días, ese horror durante todos los años."



"Mi hijo era hijo de todas nosotras"

"Y

o caí estando embarazada de tres meses. Para ellos, el embarazo siempre fue un arma psicológica contra nosotras. No hubo para mí ninguna atención especial, ninguna contemplación. El

control médico me lo realicé yo misma con la ayuda de las compañeras. Por suerte el embarazo fue totalmente normal." Ana Monestier protagonizaría en el FUSNA una historia de empecinado amor: su gurisito, un resumen del cariño, la solidaridad, la ternura aun entre rejas.

"A los cuatro días del nacimiento, vinieron a decirme que tenía que entregar el bebé a mi familia. Simultáneamente fueron a ver a mis padres para presionarlos en ese sentido. Yo me mantuve firme en que mi hijo se quedaba conmigo. Finalmente lo logré.

Ana sonríe, mucho más que en la foto donde se la ve orgullosa en su celda con el gurisito, cuando recuerda el momento en que fue tomada. "A los 22 días viene el comandante, que estaba orgulloso de lo que él llamaba 'la mascota de la unidad'. Era su trofeo, cada vez que había una revista o una visita, lo mostraba orgulloso. 'Nena, tú no tenés ninguna foto de este chiquilín', me dijo. Por supuesto que ni le contesté. 'Te voy a mandar un fotógrafo.' Era como un bichito en exhibición para él."

"Por más que esas no fueran las mejores condiciones para criar un niño, pensaba que una madre tenía que estar como sea con su hijo. Yo quería amamantarlo, criarlo... Todos esos meses que estuve conmigo recibió todo mi amor y el amor del padre, que también podía verlo. A pesar de todo, fue algo que nos renovó la vida en esa prisión. El nació y se crió,

durante sus nueve primeros meses, entre un montón de compañeras. Todas tenían como un pedacito. Era un hijo de todas nosotras."

Miramos una vez más la foto, la ventana tapiada de la celda. Y pensamos en cómo será hoy ese gurí. Tenemos miedo al preguntar, pero la respuesta surge clara, contundente, cuando valorando las palabras compañeros, compañeras y apostando a los gurises, en este caso en un todo "al Ignacio", nos decidimos. — "¿Qué cómo es Nacho? ¡Es sensacional! Es un gurí fuera de serie. Yo pienso que todo ese cariño que él sintió de parte de las compañeras, de los compañeros, para quienes siempre fue 'el Nacho', significó algo especial. Creo que él lo tiene muy adentro y que por ello tiene ese cariño por la gente. Es de una manera increíble." ♣

Mil carceleros para un puñado de luchadores

"E

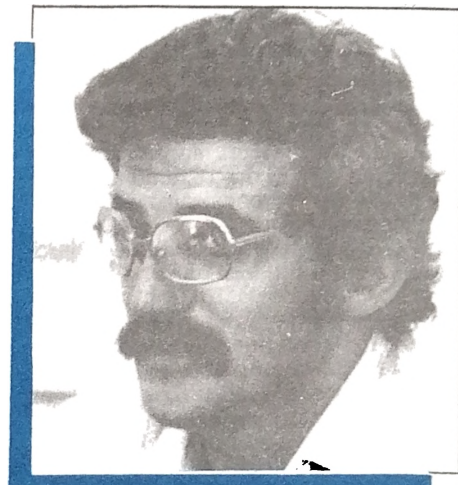
l lugar de reclusión donde nos tenían, era un hangar. Había calabozos enfrentados; algunos individuales y otros de dos y cuatro personas. Los individuales, que eran los más numerosos, eran de 2 metros por 2, de bloques, totalmente cerrados, iluminados con luz artificial, puerta hermética con mirilla y un respiradero constituido por un caño de cinc."

"En el calabozo la persecución era más 'personal', selectiva. Una de las características del FUSNA era la tortura psicológica permanente, puesta al servicio de su intento de destruirnos como personas. Constantemente nos hacían sentir que teníamos un aparato de mil personas y una cantidad importante de oficiales, organizados en tres brigadas, dedicados día y noche a hostigar a un grupo reducido de presos."

Carlos Casares ejemplifica sus afirmaciones. "Después de la tortura, cuando te pasaban al hangar, no podías dormir un solo día tranquilo... Y hablo de años, años sin un solo día de descanso. La requisita se sistematiza buscando con ello alcanzar el grado máximo de tensión. Para arriba y para abajo, todas las noches, procurando que todo el mundo sintiera el escándalo, los gritos, los golpes. Creando un clima infernal."

"Todas las noches tenías que rearmar 'tu casa', el colchón, las fotos, la ropa... Querían acorralarnos, demostrarnos y convencernos de que no había derecho al descanso, que no teníamos derecho a la privacidad, a la particularidad. Los mismos que te interrogaban, que te torturaban, leían después tus cartas, escuchaban tus conversaciones, se quedaban con tus cosas, con tus paquetes..."

La imaginación de los fusileros era



infinita. "A nosotros no nos gasearon de la misma forma que a las compañeras, pero tiraban cada tanto una granada en una celda inhabilitada y el humo se trasladaba por los respiraderos. Era como para estudiarnos, para ver nuestra resistencia, nuestras reacciones. Ellos mismos incluso, a pesar de sus mascarones antigás, dos por tres terminaban vomitando y desmayados." ♣

"No va a ser la última que pase por el FUSNA"

"M

e van a buscar a mi domicilio. Me pusieron la capucha, pero como había mucha gente mirando, me la quitan para subirme al camión. A las dos cuerdas me la vuelven a poner, pero yo ya me había dado cuenta que me llevaban rumbo a la Aduana." Marta Varvatsulis comenzaba así el calvario en manos de los fusileros.

"Me meten en una piecita, me dan unos golpes y me 'invitan' a pensar lo que voy a decir. Me tienen de plantón cuatro días. De repente sentí una gran hemorragia y atiné a sentarme. Un milico me dio una patada y me hizo parar, pero se ve que quedó impresionado. Luego de unos tirs y alfojes entre ellos, me llevan al Hospital Militar. Yo estaba embarazada, no lo sabía. Me hicieron un pequeño raspaje y vuelta al FUSNA. Ahí comenzaron los interrogatorios 'normales': palos, picanas, golpes..."

La resistencia, la pelea, siempre está

poblada de "rostros anónimos", de corajudos compañeros que no se entregan pese a todo. "En una gran redada, donde caen un montón de compañeros que nunca pudimos saber quienes eran, escucho a una pareja. Ella gritaba una y otra vez: 'Pocho, ¡no cantes!', y él respondía: '¡No Myriam!', con un hilo de voz. Hablaba bajito, muy extenuado."

"Los comandantes nos visitaban asiduamente y nosotros les pedíamos que nos trasladaran. Entonces nos decían: '¿Para qué quieren irse con esos verbosos torturadores?, acá están bien. ¿O no están bien?'"

El caradurismo, el cinismo, suele tener muchas aristas. "Las compañeras casadas teníamos derecho a una visita con el esposo legal. Hicieron toda una apología diciendo que para la Marina la familia era muy importante, que ellos no querían destruirla, que sentían un gran respeto por ella, y por eso —decían— querían que nosotros la reafirmáramos estando presos, viéndonos en



medio de un muro con una rejita.

A Marta le tocó ser, aparentemente, la última presa que tuvieron detenida en su poder los fusileros en el FUSNA. "En un momento dado trasladaron a todas las compañeras y yo me quedé sola. Ellos se sentían menoscabados políticamente porque no tenían presos. El día que me dieron la libertad, vino el comandante y me dijo: 'Bueno, no va a ser la última presa que haya aquí'." ♣

La capucha, la sucia capucha

"M

e van a buscar a mi trabajo. Fueron de civil. Me encapuchan, me introducen en un vehículo particular y me llevan a mi casa, donde hacen una requisita y de paso se llevan un montón de cosas. El 'viaje' terminó en Prefectura donde estuve seis meses en interrogatorios, es decir, sometida a torturas. De allí pasé al FUSNA, donde la represión fue aun más acentuada porque todo estaba instrumentado para agredirte a vos y a tu familia."

Cristina Martínez da cuenta de una faceta acedada del terror, la que se dirigía contra la familia y era ejecutada por una Armada que no combatía en altamar sino que se encapuchaba para enfrentar a familiares de presos políticos. "Hay que imaginarse lo que significaba para nuestras familias el hecho de entrar a ese lugar y ver a los soldados armados y con capuchas y a nosotros custodiados por otros encapuchados, y a la vez con nuestras cabezas cubiertas también con capuchas. Los guardias tenían todos su propia capucha hecha de la misma tela de los uniformes; las nuestras estaban sucias. Todo ese entorno era tétrico. Como si fuera poco ese clima, muchas veces nos dejaban largo rato encapuchados ante nuestros familiares, como para acrecentar el terror. Querían hacer gala del 'dominio' que tenían de la situación. Los familiares, sobre todo la primera vez que pasaban por esto, quedaban poseídos de una angustia indescriptible. Eso era precisamente lo que buscaban crear: angustia, desazón. Era terrible." ♣

"A pesar de estar ahí, éramos libres"

H

ace ya mucho tiempo, Myriam Deus nos contó, desgarrando recuerdos, su pasaje por el FUSNA. "Éramos veinte compañeras en el carcelaje, constantemente vendadas. Por todos los medios intentaban destruirnos. Todos los días inventaban algo nuevo y cruel. Durante un determinado período, cuando cayeron presos una nueva tanda de compañeros, nosotras escuchábamos sus terribles gritos, sus llantos, sus delirios... Lo que vivimos allí es difícil de describir."

Un hecho del relato de Myriam nos pareció siempre un vibrante ejemplo del temple de nuestros compañeros, de la fuerza que nuestra gente, aun en las peores situaciones, sacó y saca vaya a saber uno de dónde. Fuerza, temple, que sorprende y sorprendió a quienes creyeron, creen ser dueños de nuestras vidas. "Un día festejaban no sé qué fecha de ellos; iban a cantar el himno de los fusileros y la guardia nos dice que teníamos que pararnos. Nosotras seguimos sentadas. Nos ordenan ponernos las vendas y formar. En ese momento empiezan a tocar el Himno Nacional. Sin ponernos de acuerdo, todas empezamos a cantarlo. No sabíamos lo que nos podía pasar, pero era tan bestial, tan tremendo lo que estábamos viviendo, que sentíamos que en ese lugar, vendadas como estábamos, teníamos que cantarlo. Se unieron las voces de los compañeros que estaban siendo torturados y fue un momento brutal, indescriptible... Sentimos realmente que, a pesar de estar ahí, éramos libres." ♣

Las curiosas fronteras entre el "paraíso" y el "infierno"

"C

uando llegamos al Penal de Punta de Rieles, aquel otro infierno, por momentos nos parecía un paraíso comparado con el infierno que la Armada había montado."

Xenia Itté, terminaba

con esas palabras su testimonio sobre lo padecido en el FUSNA. Es de imaginar pues, cómo la pasó allí. La primera imagen que revivió fue la terrible gaseada a que fueron sometidas. Gaseada nunca aclarada, nunca entendida. Preguntas que rondan sin contestación: ¿por qué?, ¿para qué?, ¿qué se buscaba?. Sin embargo, qui-

simos transcribir otro aspecto de su testimonio: el que descubre la coordinación represiva —más allá de las picas y pleitos— entre las distintas fuerzas, y también la complicidad con militares extranjeros. "Una vez me sacaron para el cuartel de Minas. Allí estuve unos veinte días y fui nuevamente torturada. La particularidad fue la aplicación de picanas en los oídos. No solo perdí el conocimiento sino que además, el 'tratamiento' me impidió comer: al parecer, el pasaje eléctrico me afectó algún centro nervioso y eso me imposibilitaba cerrar la boca, masticar."

"En otra oportunidad me sacaron nueva-

mente vendada: el destino fue la Región Militar N°1. Estuve unos diez días y se repitieron los interrogatorios y la tortura. A los cinco años de prisión en el FUSNA, me sacaron del celdario, me incomunicaron y me dijeron que como era de Bella Unión, querían que les contara a unos oficiales de Chile que habían venido al país, sobre el movimiento cañero y sobre la lucha de los '70. Me negué terminantemente y entonces me 'recordaron' que ellos tenían métodos para que hablara, que yo ya se los conocía y que me convenía hacerlo. Lo concreto es que me separaron por un tiempo del celdario, me aislaron: castigo por no haber querido prestarme a hablar con esos oficiales chilenos." ♣